

EL INTELLECTUAL CRISTIANO EN LA VENEZUELA DE HOY

Doctor Ángel Lombardi

Como intelectual, con toda la amplitud y ambigüedad del término, mi formación se da en el campo de las Ciencias Sociales y concretamente en la educación y en la historia.

En mi horizonte cultural e histórico, es la contemporaneidad quien me marca; nacido en 1943, mi conciencia política y social, insurge con el 23 de Enero de 1958 y asumo una temprana militancia política socialcristiana, especialmente en el campo estudiantil, primero liceísta y después universitaria, conjuntamente con la acción partidista en el campo de lo político y social.

Inmerso en todas las influencias de la época, reflejo de la primera mitad del siglo XX, el cine, la literatura y el arte de vanguardia, van configurando mis influencias y mi visión del mundo, en particular la 1ra. y 2da. Guerra Mundial, nazi/fascismo, la revolución bolchevique, la revolución mexicana y toda la teoría y praxis latinoamericana en el campo de las ideas y la acción política.

Intelectualmente Maritain, Mounier, Lepp, Teilhard de Chardin y Gabriel Marcel van configurando una influencia creciente y permanente en mi pensamiento con antecedentes diversos y plurales, de lecturas juveniles aluvionales, permanentes y cotidianas.

Como cristiano, mi mayor interés lo concitó la figura del Papa Juan XXIII y el Concilio Vaticano II, con la posterior influencia de Paulo VI y una serie de teólogos, hasta culminar en el impacto que me produjera la teología de la liberación latinoamericana, a partir de la figura de Camilo Torres y la lectura de Gustavo Gutiérrez y Leonardo Boff.

Viví la apertura del catecismo holandés y el diálogo ecuménico en jornadas memorables en Madrid, de lecturas bíblicas compartidas con el mundo y la cultura judía.

De un catolicismo delimitado y estrecho me encontré formando parte del diálogo con las iglesias protestantes y el respeto y simpatía por las grandes religiones de la humanidad, que mi formación de historiador facilitaba.

Asumí a plenitud el llamado de Pablo VI en 1967 a todos los católicos, a los seglares, a quienes corresponde “con su libre iniciativa y sin esperar pasivamente consignas y directrices, penetrar de espíritu cristiano la mentalidad y las costumbres, las leyes y las estructuras de la comunidad en que viven” para convertimos en constructores de un mundo nuevo.

Me siento totalmente definido e identificado con el texto introductorio de Juan Pablo II en su Encíclica “Fides et ratio” (La Fe y la Razón).

“LA FE Y LA RAZÓN (Fides et ratio) son como las dos alas con las cuales el espíritu humano se eleva hacia la contemplación de la verdad. Dios ha puesto en el corazón del hombre el deseo de conocer la verdad y, en definitiva, de conocerle a Él para que, conociéndolo y amándolo, pueda alcanzar también la plena verdad sobre sí mismo (cf. Ex 33, 18; Sal 27 [26], 8-9; 63 [62], 2-3; Jn 14, 8; 1 Jn 3, 2).

1. Tanto en Oriente como en Occidente es posible distinguir un camino que, a lo largo de los siglos, ha llevado a la humanidad a encontrarse progresivamente con la verdad y a confrontarse con ella. Es un camino que se ha desarrollado – no podía ser de otro modo– dentro del horizonte de la autoconciencia personal: al hombre cuanto más conoce la realidad y el mundo y más se conoce a sí mismo en su unicidad, le resulta más urgente el interrogante sobre el sentido de las cosas y sobre su propia existencia. Todo lo que se presenta como objeto de nuestro conocimiento se convierte por ello en parte de nuestra vida. La exhortación *Conócete a ti mismo* estaba esculpida sobre el dintel del templo de Delfos; para testimoniar una verdad fundamental que debe ser asumida como la regla mínima por todo hombre deseoso de distinguirse, en medio de toda la creación, calificándose como «hombre» precisamente en cuanto «conocedor de sí mismo».

Por lo demás, una simple mirada a la historia antigua muestra con claridad cómo en distintas partes de la tierra, marcadas por culturas diferentes, brotan al mismo tiempo las preguntas de fondo que caracterizan el recorrido de la existencia humana: ¿quién soy?, ¿de dónde vengo y a dónde voy?, ¿por qué

existe el mal?, ¿qué hay después de esta vida? Estas mismas preguntas las encontramos en los escritos sagrados de Israel, pero aparecen también en los Vedas y en los Avesta; las encontramos en los escritos de Confucio y Lao-Tze y en la predicación de los Tirthankara y de Buda; asimismo se encuentran en los poemas de Homero y en las tragedias de Eurípides y Sófocles, así como en los tratados filosóficos de Platón y Aristóteles. Son preguntas que tienen su origen común en la necesidad de sentido que desde siempre acucia el corazón del hombre: de la respuesta que se dé a tales preguntas, en efecto, depende la orientación que se dé a la existencia"... "Cuando la razón logra intuir y formular los principios primeros y universales del ser, y sacar correctamente de ellos conclusiones coherentes de orden lógico y deontológico, entonces puede considerarse una razón recta o, como la llamaban los antiguos, *orthòs logos*, *recta ratio*".

En ningún momento me he sentido limitado por mis creencias; al contrario, mientras éstas más se afirmaban, más crecía mi necesidad de crecimiento intelectual y espiritual, y toda la historia de la Iglesia y las grandes figuras de la misma iban ayudándome en mi andadura existencial.

En particular, fueron de gran significación mis encuentros con san Agustín, San Francisco, San Ignacio y la figura de Jesucristo que fue abordada desde la historia y la literatura y lógicamente desde los Evangelios y la Biblia.

Dice Juan Pablo II "La contemplación del rostro de Cristo se centra sobre todo en lo que de él dice la Sagrada Escritura que, desde el principio hasta el final, está impregnada de este misterio, señalado oscuramente en el Antiguo Testamento y revelado plenamente en el Nuevo, hasta el punto que san Jerónimo afirma con vigor: «Ignorar las Escrituras es ignorar a Cristo mismo». Teniendo como fundamento la Escritura, nos abrimos a la acción del Espíritu (cf. Jn 15,26), que es el origen de aquellos escritos, y, a la vez, al testimonio de los Apóstoles (cf. *Ibíd.*, 27), que tuvieron la experiencia viva de Cristo, la Palabra de vida, lo vieron con sus ojos, lo escucharon con sus oídos y lo tocaron con sus manos (cf. 1Jn 1,1).

Lo que nos ha llegado por medio de ellos es una visión de fe, basada en un testimonio histórico preciso. Es un testimonio verdadero que los Evangelios, no obstante su compleja redacción y con una intención primordialmente catequética, nos transmitieron de una manera plenamente comprensible".

Creo firmemente que el ser humano es fundamentalmente "homo religiosus".

Ante la pregunta sobre el diálogo entre cristianismo y especialidad (educador, historiador) no solamente mi cristianismo no lo limita, sino que lo potencia y fecunda.

Siempre me he sentido libre en la Iglesia y fortalecido, lo que no significa que no me haya impactado la tradición de intolerancia y pre/modernidad que en ciertas épocas ha asumido la Iglesia como institución; de allí la importancia del “arggionamento” del Vaticano II y sus secuelas particularmente en América Latina, con Medellín, Puebla y Santo Domingo entre otros acontecimientos eclesiales.

Como historiador me molestó el juicio a Galileo, me golpeó fuertemente la Inquisición, la incomprensión con Teilhard y la prohibición con Leonardo Boff; y como habitante de este Continente nunca he entendido la subordinación, mediatizaciones y complicidades que algún momento han asumido sectores de la Iglesia frente al poder y los poderosos, que, como dice Juan Pablo II, son debilidades que nos vuelven “opacos y llenos de sombras”.

Dice el Papa en su última encíclica “Para que nosotros pudiéramos contemplar con mirada más pura el misterio, este Año Jubilar ha estado fuertemente caracterizado por la petición de perdón; esto ha sido así no sólo para cada uno individualmente, que se ha examinado sobre la propia vida para implorar misericordia y obtener el don especial de la indulgencia, sino también para toda la iglesia, que ha querido recordar las infidelidades con las cuales tantos hijos suyos, a lo largo de la historia, han ensombrecido su rostro de Esposa de Cristo”; pero igualmente cierto es la actitud crítica y valiente, de denuncia de esa misma Iglesia, como es el caso de Arias Blanco en Venezuela frente a la dictadura Perezjimenista; o de Helder Cámara en Brasil con su opción por los pobres y más recientemente el sacrificio de Monseñor Romero y tantos otros sacerdotes, religiosos y religiosas.

De acuerdo a todo lo anterior no tengo la menor duda sobre el principal compromiso de la Iglesia y de los cristianos: la opción por los pobres y excluidos, que recoge y expresa la vocación permanente del mensaje cristiano y la acción evangélica, con plena vigencia histórica; ya que si algo define el mundo contemporáneo es la pobreza creciente de la mayoría de los habitantes del planeta, incluido nuestro país, que hoy se presenta frente al mundo, empobrecido y autoritariamente amenazado.

Como intelectual me ha gustado definirme en apertura y en expectativa, como una persona profundamente esperanzada y en compromiso firme con

los carentes y necesitados, a sabiendas de nuestras limitaciones y necesidades propias y en el entendido que lo importante no es lo que pensemos de nosotros mismos, sino cómo nos perciben y aceptan los demás.

Creo en la libertad como auto limitación y en la responsabilidad hasta el sacrificio, comenzando ésta en nuestro entorno más inmediato, familiar, laboral y comunitario.

Ser cristiano y asumir el compromiso cristiano nunca ha sido fácil, en ninguna época y circunstancia; pero siempre es un problema de testimonio personal, predicar con el ejemplo. En términos intelectuales tenemos que armonizar razón y fe, y en mi caso no ha sido difícil, aunque ciertas conductas sacerdotales y eclesiales hayan chocado mi sensibilidad de creyente, especialmente en la inconsecuencia humana de algunos consagrados con su falta reiterada a la pobreza, castidad y obediencia. La mundanidad y debilidad de cierto clero hacia el dinero y el poder molestan fuertemente al creyente, así como la insensibilidad de tantos creyentes, especialmente los más favorecidos económicamente, frente a los más necesitados.

Otra causa de incompreensión es la actitud clerical y paternalista de algunos sacerdotes que no terminan de entender que muchos laicos hoy en día, están profesionalmente mejor preparados que muchos de ellos y que sus tareas en el mundo pueden ser ejercidas sin tutelajes eclesiásticos mediatizadores, de lo que se trata es de colaborar y complementarse dando plena y creativa vigencia al concepto de iglesia como pueblo de Dios.

Nuestra misión es unirnos como Iglesia en la unidad; dar testimonio de vida; ser solidarios, eficientes y competentes, reconciliar la condición de cristiano con la modernidad; y en el caso venezolano y en la hora actual, sin lugar a dudas, preservar la democracia, como valor civilizatorio y trabajar por el progreso nacional y el bienestar de todos, más allá de dogmas económicos y políticas equivocadas.

En la Declaración de la Conferencia Episcopal Venezolana del 8 de abril de 1989 se alertaba sobre la situación del país. Los deplorables sucesos de fines del pasado mes de febrero han puesto en evidencia la dramática situación del país. “Desde hace varios años, el Episcopado Venezolano ha venido alertando sobre el progresivo deterioro de nuestra realidad nacional”. Recientemente, al cumplirse los 30 años del 23 de enero de 1958, los Obispos indicábamos la necesidad de cambios profundos de conducta a todos los niveles de la sociedad, debido a graves defectos presentes en nuestra vida

nacional. En concreto, al señalar las deficiencias en el orden político decíamos: “Todos estos elementos han creado una sensación de frustración seria y peligrosa, pues se esperaba que con la democracia se superarían estas dificultades” (Iglesia Venezuela, 59, pag. 16). Y más adelante: “en vísperas de este aniversario se oyen muchas voces que advierten sobre los terribles riesgos de que el pueblo pierda la fe en el sistema democrático, al no sentir satisfechas sus más legítimas aspiraciones” (Ibid., pág. 18). En noviembre de 1988 cuando invitábamos a los ciudadanos a ejercer el derecho del voto, expresábamos: “Según los entendidos, los tiempos que se avecinan traerán un empeoramiento de la situación económica del país con las nefastas consecuencias previsibles en el orden social: carestía, deterioro de la calidad de la vida, empobrecimiento acelerado. Estimamos que el país no saldrá adelante sin una sinceración, un espíritu de solidaridad, una búsqueda de acuerdos, la superación de visiones sectarias de asociaciones y gremios, y la cerrazón de los partidos en torno a sus propios intereses. Todo esto implica una revitalización de los valores éticos y religiosos para dar un fundamento sólido a la sociedad venezolana”. Lamentablemente más de una década después y en pleno proceso político intenso y contradictorio, gobierno y sociedad siguen expresando una profunda crisis que sigue llenando el futuro de carencias, miedos e incertidumbres.

El tema y la pregunta propuesta: El Intelectual Cristiano y la Venezuela de Hoy, nos sitúa agónicamente frente a una realidad por comprender y una realidad por transformar. Todos formamos parte de la pregunta y del problema y de la solución. No sólo estamos en la historia, sino somos la historia y frente a ello siempre hay el riesgo de la “fuga hacia el pasado” o la “mirada hacia el porvenir”. El hombre vive el instante y el presente y allí se define su ser y su existencia; en cada momento somos sometidos a prueba, en cada instante, la libertad nos agobia y obliga; no otra cosa es la responsabilidad, asumirla o eludirla y en ello se nos va la vida porque en la responsabilidad está el ser humano consigo mismo como ente moral frente al “otro”. Personalizados ambos en un colectivo que es un pensar y un hacer que no termina de asumir lo nuevo es decir el riesgo a errar el camino o simplemente a dejar de transitarlo; de allí la tentación a evadir responsabilidades y actuar irresponsablemente que en el fondo es un problema más de carácter que de inteligencia.

“En la responsabilidad, en efecto, a diferencia de la mera obligación del deber, se respondería a una auténtica vocación, a un auténtico ser llamado”, a una libertad responsable. “No debe pasarse por alto, además, que la

responsabilidad jamás es algo abstracto, historia de lo acontecido sino siempre es el compromiso del hombre real dentro del acontecer” (Richard Wisser “Responsabilidad y cambio histórico, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1970). El ser humano siempre responde por el ser humano, en este caso somos interpelados en nuestra condición de intelectuales en la Venezuela de hoy.

Estamos en la historia y somos historia: “para los cristianos, la historia debe ser una preocupación importante, en la medida en que la religión representa un intento de vincular a cada individuo con el problema total del destino humano... además el pensamiento religioso se haya inextricablemente ligado al pensamiento histórico” (Herbert Butterfield “El cristianismo y la historia”, Ediciones Carlos Lohlé, Buenos Aires, 1965).

Como nos recuerda Juan Pablo II, “Dios es el Señor de la historia y el porvenir es fruto de la libertad y de la gracia de Dios y la Iglesia tiene un fin sobrenatural, pero al ejercer su misión espiritual, testimonia la verdad sobre el hombre, su dignidad y sus derechos, moviéndose con toda libertad entre las naciones” y concluye el actual Pontífice: “el amor de Cristo y la libertad humana están interrelacionadas porque el amor y la verdad tienen una relación intrínseca”, por eso es concluyente cuando afirma: “No aceptéis nada como la verdad si carece de amor y no aceptéis nada como amor que no tenga verdad”, de fuerte resonancia paulina y evangélica.

Interpelamos a la historia y somos interpelados por ella, no otra cosa es el diálogo de las existencias y el diálogo con nuestro tiempo. En la práctica, pasado, presente y futuro se superponen en un solo tiempo real, el aquí y el ahora, aunque reflexivamente asumido desde una perspectiva del pasado y una angustia de futuro. En el intelectual esto es particularmente agudo ya que él para justificarse necesita ir más allá de la “soledad” y el “desarraigo” (M. Desiato) propio de su oficio, oficio; inútil por definición que no concluye ni en la riqueza, ni en el poder, especialmente cuando este oficio es asumido en su función crítica y subversiva de lo establecido. Fracasado el concepto gramsciano de intelectual orgánico por el fracaso histórico del socialismo real, que en la práctica convirtió al intelectual en un ideólogo o propagandista oficial del sistema. Igual sucede en la sociedad capitalista: el mejor “intelectual” es el alienado que ayuda a alienar al “esclavo”, convenciéndole que en realidad es un “amo” consumidor y satisfecho.

El intelectual tiene que recuperarse como “homo universalis” que asume el contacto con todo y trata de ir a la raíz, al fondo de las cosas, sin el

enciclopedismo de los muchos saberes externos, con un abordaje cualitativo de la realidad y una mirada ordenadora, plena de sentido y comprensión (Romano Guardini) y que implica sumergirse en la historicidad del mundo para asumir la plena responsabilidad del presente precisamente para garantizar que exista futuro.

Notas

¹ Juan Pablo II, en su Encíclica “Fides et ratio” (La Fe y la Razón). Introducción.

² *Ibidem*.

³ Tomado de “Iglesia Venezuela”, 59, p. 16.

⁴ *Ibidem*, p. 18.

⁵ Richard Wisser, “Responsabilidad y cambio histórico, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1965.

⁶ Herbert Butterfield, “El cristianismo y la historia”, Ediciones Carlos Lohlé, Buenos Aires, 1965.

⁷ Juan Pablo II en su Encíclica “Fides et ratio” (La Fe y la Razón).